

## ALTER EGO

Solía ir a las termas con mis amigas, todo el mundo se reunía allí. Nos gustaba bañarnos en la piscina central y jugar en el jardín. Eran, sin duda, las horas más felices de mi vida. Pero un día sucedió algo que transformó mi vida por completo. Estábamos, como de costumbre, en la piscina central cuando pude ver, desde lejos, a una chica quieta como una estatua, que tenía su mirada clavada en mí. Puede parecer una locura, pero era idéntica a mí. No se trataba de ninguna relación de parentesco, y de alguna forma yo lo sabía. Mis amigas advirtieron mi cara de sorpresa y, desviando la mirada, les conté lo que acababa de ver. Cuando volvimos a mirar todas, la chica había desaparecido. Me sentí muy confusa y, cuando mis amigas fueron al tepidario, decidí marcharme a casa. Me puse mi túnica en el apoditerio y al pasar por la palestra para dirigirme a la salida volví a ver a aquella chica, pero se escondió rápidamente detrás de una columna. Presa del pánico corrí hasta salir del edificio. Temía encontrármela en el camino, así que apresuré el paso hasta llegar a mi casa.

Días después, cuando ya pensaba que todo había sido un producto de mi imaginación, volví a verla. Yo había ido al mercado con mi madre, y ahí estaba ella, entre la gente, con su amenazante mirada y la sonrisa más escalofriante que había visto nunca. A partir de ese momento la veía por todas partes, en los comercios, en las calles; en cada lugar de Clunia por el que yo pasaba, allí estaba ella, como una estatua, observándome sin decir palabra.

Transcurrió un largo tiempo, no sabría decir si fueron días, meses o años, pero ella no desaparecía. No me atrevía a salir de casa porque sabía que fuera a donde fuera me la iba a encontrar. Tenía miedo de mirar mi reflejo, porque la veía a ella, y me aterrorizaba cerrar los ojos, pues su imagen se había apoderado de mi mente.

Un día, mis amigas, preocupadas por mí, decidieron llevarme a las termas, donde no había estado desde que vi por primera vez a la que se había convertido en mi peor pesadilla. Al principio la idea me atormentó, pero después comprendí que quizás podría plantarle cara y finalizar lo que empezó en aquel lugar. Así pues, cuando mis amigas pasaron del tepidario al caldario, me desvié del camino y me alejé a un lugar escondido en el que no había nadie. Esperé a que apareciera mi enemiga y efectivamente, cuando me di la vuelta, allí estaba ella, con su escalofriante sonrisa.

—¿Quién eres? —le pregunté, llena de odio.

—Ya sabes quién soy —dijo, con calma—. Soy tú.

—Estás loca. Si no dejas de seguirme te mataré, juro por todos los dioses que te mataré.

—¿Quién es la loca aquí? —dijo, con una amplia sonrisa— No puedes matarme, te estarías suicidando. Y sé que lo sabes, vamos, admítelo, sabes que somos la misma persona.

Es cierto, lo sabía, pero me había dado la clave para acabar con todo esto. Iba a acabar con ella, iba a acabar conmigo. Me despedí de las termas, donde había sido tan feliz, y de sus preciosos mosaicos, que podría haber pasado horas observando. Salí de ese lugar y encontré una cuerda, que probablemente habrían utilizado unos niños para jugar.

Me dirigí al bosque, colgué la cuerda de un árbol y me la até al cuello. Ella estaba entre los árboles, pero ya no sonreía, esta vez me tocaba a mí.